

Capítulo 4

**LAS VICISITUDES
AMOROSAS
EN LA ERA DE LA
GLOBALIZACIÓN**

Capítulo 4

LAS VICISITUDES AMOROSAS EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

Ángela María Jiménez Urrego
Pontificia Universidad Javeriana
<https://orcid.org/0000-0002-0100-6741>

El amor es el tiempo y espacio hechos sensibles al corazón

Marcel Proust

Introducción

Este escrito surge ante el interés por comprender las nuevas formas de relación amorosa en tiempo de globalización y el aparente ocaso de los lazos que, enmarca una preocupación respecto a cómo nos posicionamos como sujetos en un mundo donde el exceso, la virtualidad y el vacío de la existencia, entre muchos otros, se hacen patentes. Las vicisitudes amorosas en tanto experiencia vivida y encarnada en experiencias placenteras y displacenteras, surten un efecto en torno a dicha virtualidad que amerita analizar.

La palabra *vicisitud* que acompaña el título de este trabajo, enmarca la dualidad de lo próspero y lo adverso. Sin embargo, esta separación no será tajante en el texto, por el contrario, mantendrá una relación imbricada entre uno y otro. Por un lado, se establecerán las implicaciones más llamativas del lado del exceso que llevan al vacío y la inmediatez en las relaciones amorosas. Se hará una crítica a la globalización en tanto, su forma y quizá, la forma como el sujeto lo asume y lo aplica en su inmediatez lleva al borramiento de su sin-

gularidad. Seguidamente, se hará una apuesta a la relación con el partenaire desde una mirada de soslayo hacia la literatura, específicamente la que alude a Proust y la experiencia estética puesta en los sentidos para hacer lazo con el otro. A partir de esta postura de corte literario, se introduce el amor alojado en la falta, en el vacío que alberga toda serie de invenciones que impulsen a establecer otras posturas discursivas frente a las demandas de la época. La apuesta de este texto, humildemente estriba en, recordar que una voz puede cambiar un discurso y más aún, el discurso del amor de cada uno con relación al partenaire.

Implicaciones del lado del exceso

La época de las redes virtuales acogió un sinnúmero de ganancias secundarias para el sujeto, estableció nuevas formas de relación y acortó distancias que antes eran inimaginables. La subjetividad vivida a partir del cuerpo a cuerpo pareciera que traza una incógnita: ¿Es la virtualidad un espacio para pensar el lazo amoroso? Lo que es aún más palmario: ¿es esta virtualidad un lugar para pensar la subjetividad? Lacan establece que, para que haya lazo, es preciso “poner el cuerpo”, esta antesala establece varias conjeturas: poner el cuerpo implica un *cuerpo a cuerpo* con el partenaire; poner el cuerpo responde a la articulación discursiva aún cuando los cuerpos no se evidencien en su materialidad; poner el cuerpo es una invitación a la responsabilidad subjetiva frente al otro. Tres vertientes que nuevamente abren una incógnita en torno a las relaciones humanas, al lazo social entre los seres hablantes, aspectos aplicados al lazo amoroso en una época en la que muchas relaciones humanas se soportan en la virtualidad sin siquiera tocarse a nivel del cuerpo, exentos de la experiencia a partir de los sentidos. A esta altura, cómo suponer si radica allí un defecto de esa forma de relación o, por el contrario, creer que es una nueva forma de relacionarse. Lo claro aquí –asumo– es que la virtualidad no le da cabida a la falta, a ese agujero sin el cual, sería vana la existencia y que, no obstante, gran parte de nosotros no solemos soportar, atiborrándonos de objetos, cualesquiera que estos sean para construir una felicidad falaz.

Libovetsky (2006) alude a una era del vacío, de la banalización de las relaciones enmarcadas en aforismos de consumo que pareciera que le dan un lugar al sujeto, pero que, lejos de esto, asumen una identidad difusa: “todos iguales”.

La premura por el devenir del amor se ve atravesada por un sufrimiento que

bordea la subjetividad, la pasa por alto, la ignora, pero no logra acercarse a lo que es singular de cada ser, que lo enaltece, lo expone y le recuerda que puede siempre elegir.

Para este autor “la pantalla del hedonismo” en los sujetos resulta cínica y acoge los sentimientos en pro del bienestar propio; no existe, por tanto, ningún tipo de preocupación por los otros, emanando un ferviente individualismo donde las relaciones con el partenaire deben ser reescritas: “implican una relación inédita con el cuerpo, el tiempo, el afecto” (Lipovetsky, 2006, p. 69).

Los sujetos en medio del desgarramiento moral se sostienen con rótulos vagos cuyas apreciaciones diagnósticas propias de la época que las atraviesan, impulsan a cierta sensación de vacío, imposibilidad de sentir, que otorga, de entrada cierto aire narcisista, donde se evidencia un desapego emocional; el amor, en este punto, se encuentra vulnerado en aras de la no-vulneración del sujeto: se blinda para no sentir, no sufrir y, en la dialógica del mundo así constituido, pareciera que no queda más remedio que el debilitamiento del lazo con el partenaire.

Byung-Chul Han (2014) prevé esta decadencia del amor presa de la globalización. En un mundo globalizado, donde lo que predomina es la depresión, dirá el autor que justamente, las demandas y pretensiones que ofrece el mundo, lleva al sujeto a “no estar a la altura” de éstas, cuya manifestación sintomática es la imposibilidad de amar. Aludirá al amor como aquello que se dirige al otro y, en esa dirección “se sustrae al lenguaje de lo igual”. Para este filósofo, lo igual es el infierno y arrastra al sujeto a una agonía del *Eros* y dirá: “*la alteridad no es ninguna diferencia que pueda consumirse*” (2015, p. 24).

La gran maraña de información arroja al sujeto a una “hipervisibilidad” propia de una sociedad soportada desde las demandas visuales, donde la imagen es el soporte material de todo aquello considerado válido. Ello se evidencia en la oferta excesiva de información visual erótica al punto de no dejar nada a la imaginación: *hay que habitar la fantasía de la indefinición*:

El proceso de exposición y exhibición que lleva a cabo el capitalismo, borra el lugar de lo otro, puesto que elimina las diferencias para igualarlo todo y someterlo al consumo (Han, 2015).

Supondremos, por tanto, que la globalización, además de facilitar las relaciones a distancia, genera un abismo en las mismas y deshace los vínculos cuerpo a cuerpo, espacio cuyas coordenadas impulsan a construir a partir de los en-

cuentros y desencuentros entre los sujetos. ¿Será atrevido pensar en la pérdida del romance en estos encuentros donde el cuerpo se ve desdibujado o ausente de toda experiencia sensorial? Ante esta disyuntiva, donde aquello que nos acerca, también nos aleja; cabría cuestionar críticamente los avances tecnológicos que retroceden las relaciones humanas y en ese marco, identificar y deconstruir lo que implica hoy por hoy una relación con el partenaire.

Del sujeto respecto al partenaire: la experiencia literaria

El auge de la liberación sexual, la pornografía, y todas aquellas formas de explicitarse, van dejando de lado el aspecto susceptible de las relaciones, las “intensidades afectivas” dan fin a la cultura sentimental: *cada cual vive en un bunker de indiferencia, a salvo de las pasiones y de las de los otros*” (Lipovetsky, 2006; pp. 76-77). Esta apuesta que pareciera que apela a la igualdad, es una forma de desconocer al otro, asumiéndolo en calidad de *extranjero* que se transforma en un “imitador” en detrimento de sí, principio en el que opera aquella igualdad acérrima que transforma a los sujetos en *autómatas*, expropiados de su propio deseo, para entrar a establecer semblantes e imposturas frente al otro a costa de su más profunda singularidad; a esta altura, cabe preguntarse: ¿Dónde ha quedado el cuidado de sí, con todo lo que ello implica?

Del lado de la literatura, podemos encontrar autores como Proust, para quien la experiencia es el artífice de lo que conforma al sujeto, no hay inteligencia que pueda superarla, porque es en la experiencia en donde atravesamos los caminos y, esta experiencia es en primera instancia, sensorial, estética: “sólo cuando soy perro me pongo a escribir” dirá Proust, estableciendo la importancia que le da a la experiencia alejada del pensamiento para que emerja la fantasía.

Es el amor, por tanto, el que opera como condición del pensamiento para oponerse al *infierno de lo igual* (Han 2015). La apuesta, en este punto, radica en invertir la *mirada* y la perspectiva de quien observa, ya no desde una mirada objetiva y lejana, sino desde aquella que implica al partenaire: en su reconocimiento en tanto diferente.

Cobra importancia, en este punto, el estatuto del cuerpo en tanto otorga materialidad respecto a la presencia del sujeto y el otro. El cuerpo sensible dinamizado por el deseo, pero también por el goce, dotan de existencia al sujeto y dan vía a la configuración de hilos que pueden tejer una historia amorosa. No

obstante, la construcción imaginaria en los seres hablantes puede estar atravesada por lo poco perdurable de las relaciones. Estar enamorado, por ende, no depende de cualidades reales del ser amado sino, de “facultades de exaltación imaginarias (o experiencia estética desde Proust) del amante”. ¿Qué es lo que se devela, entonces, en este punto de enamoramiento? Recordando algunos apartados de Migdalek, pareciera que aquello que se devela está del lado del encuentro amoroso dónde algo de la invención se pone en juego, una invención que no reniega de lo imposible, y que hace lugar a la falta, indispensable para que el encuentro amoroso tenga lugar.

El surgimiento de “algo” del orden de lo difícil de aprehender impulsa paradójicamente a la vida, sirviéndose de punto de apertura para asumir la elección:

Pero a veces, en el momento en que todo nos parece perdido, llega la señal que puede salvarnos; hemos llamado a todas las puertas (...) la única por la que podemos entrar y que habríamos buscado en vano durante cien años, tropezamos con ella sin saberlo y se nos abre (Proust 1966).

La falta que hace el amor

Tendlarz (2014) hará alusión al amor, como aquello que restituye el lazo con el otro. Articulando esto al exceso que gira en torno a la globalización, con un “todo es posible”, el goce se ubica para que hombres y mujeres se encuentren cada vez más solos. En este punto, el encuentro amoroso abrirá la posibilidad de significación del goce, estableciendo un lugar inédito donde se albergue aquello que de entrada se halla perdido, pero que ofrece la ilusión de “ser tocado por el amor”. ¿Es esto, acaso una conjetura impensable, degradada o, subordinada a las vivencias de la inmediatez? ¿Existe la posibilidad de transformar esta debilidad?

¿Cómo establecer directrices en torno a aquello que engrandece al sujeto pero que también lo lleva a padecer? El exceso de demandas de este mundo, ha transformado el *amor* de manera tal que resulta transgredido y, en tal extremo, los sujetos ya no saben hacia dónde apuntar, dónde anclarse. Cualquier lugar es punto de llegada y punto de encuentro. Encontramos que tal desesperación, resulta en un afán por sentir algo del orden de aquella experiencia primera y sensorial que refiere Proust.

El cuerpo, en este punto, lleva escrito en él, los trazos de tal ausencia de placer que empuja a un exceso de desencuentros del tipo: “no siento nada”, resultante en una larga cadena de desplazamientos fugaces al punto de la desesperación y el hastío. Este cuerpo que porta la escritura del sin-sentir, tristemente pareciera que se desboca en acelerar el ritmo vital, como si esto le permitiera escapar a la muerte. Pero entonces, calladamente, en la intimidad de la vida, el sentimiento de soledad lo abrumba; no reconociendo la *contingencia* que lo impulse de nuevo a la vida, sabiéndose finito, una posición que implique que no todo es posible de llenar, pero que la vida puede experimentarse con ese agujero, saberse en falta para que en ese punto alberguen experiencias con el otro.

Si suponemos que, en el amor se halla tal impulso y, sólo en la experiencia sensorial se le da materialidad al encuentro amoroso, cualquier intento, cualquier esfuerzo del lado del amor podría ser el encuentro ante algo que tiende a la exaltación vital. Proust refiere que la *experiencia* es la única cosa que escapa al fracaso, aquella que brota del “desgaste del ser por el tiempo” sumado a los sentimientos a veces efímeros que se contrastan en la interlocución con el otro, a veces, sentimientos profundos que dejan huella en el cuerpo y que hablan de amor, de odio, de las ridiculices de la vida, de la vanidad, de las ambiciones sociales, sin sustraerse del mundo, cuestionándolo, viviéndolo sin perderse en sus límites difusos, asumiendo en tanto sujeto de elección. El amor en tiempos globalizantes pareciera atiborrado de demandas consumistas y la experiencia amorosa se desdibuja. Althusser, en el ocaso de su vida y aún con su historia trágica a cuestas dice: “aún con dramas, la vida puede ser bella”, y, la vivencia amorosa puede ser dotada de singularidad.

¿Pero es acaso posible, esperar el desgarrar a fin de generar un acto significativo?

El psicoanálisis propone generar un movimiento aún con lo ya inamovible, “*existe otra opción que tal vez no se ha tenido en cuenta, que se ha omitido justamente por haber quedado, como opción, encriptada en el inconsciente (...) en la que otra posición, otra satisfacción sería posible*” (Lombardi 2015; pp. 44-45).

En la vía del amor en tiempos de globalización, es preciso hacer una apuesta a la posibilidad de elección y hacer énfasis en el soporte discursivo del sujeto: “indeciso en algún punto crucial, demorando su hora” (Lombardi; p. 44). La estrategia, - si cabe llamarla así - resulta en el diálogo con los discursos de la época, aquellos que muchas veces son ignorados pero que cobran fuerza vertiginosa, ofreciéndose en las disposiciones de consumo, estableciendo nuevas

existencias subjetivantes y, por supuesto, nuevos dilemas en torno a la ética del sujeto. Se transforma en un reto y una invitación a responsabilizarse respecto al sufrimiento propio, que apunte a cuestionar la “uniformización” del sujeto, de su manera de sentir, de sus modos de gozar. La apuesta implica, entonces, una ética del sujeto que nada tiene que ver con la división del sujeto, sino en “*el ser hablante en cuanto capaz de elegir por gusto, por goce, por un nuevo amor, por deseo*” (Lombardi, 2015; pp. 44-45).

La vía representa en su justa medida un encuentro en la contingencia de la vivencia amorosa que, en palabras de Silvia Migdalek, “*apertura el tiempo de una promesa, de la espera y de la creencia renovada en el Otro del amor*” (2014, p. 84).

La esencia del amor que reclama ser rescatada implica la renuncia al precepto: “*todos igual*”, exaltar la diferencia, lo opuesto, lo otro, lo diferente de mí, en cuyo caso, es el amor un punto de iluminación, declaración absoluta que trasciende el desenfreno acumulador de la economía globalizadora. Recordando a Badiou, diremos que la felicidad amorosa es la evidencia de que *el tiempo puede albergar la eternidad*, justamente a través del lazo amoroso en medio de sus vicisitudes, ello no implica negar el cambio de la época, resistirse o huir o por el contrario, sumergirse en él a riesgo de desaparecer; la insistencia apunta al diálogo frente a los discursos que emergen, posicionarnos como seres que habitamos el lenguaje y sus transformaciones, rescatando la singularidad, la propia voz que cada uno habita cuando se encuentra con el otro/otro.

La búsqueda de la verdad, de la verdad del amor por el Otro, es también la verdad del amor por el Yo, verdad que es ficción, que es olvido y transformación. Amor que nunca será suficiente para satisfacer tal demanda en tanto, “*nunca hay una verdad suficiente para llenar -el gran agujero...*” (Proust, 1966; como se cita en Jiménez 2017). Aun así, la experiencia amorosa puede exaltar al sujeto, lo afirma. Se rescata entonces, que, en el desencuentro de los sujetos, el encuentro de dos faltas se hace inminente, todo por el movimiento que logre cambiar la posición y mirar con nuevos ojos.

Bibliografía

- Althusser, L. (1992). *El porvenir es largo*. España. Ediciones Destino.
- Han BC. (2014). *La agonía del Eros*. España. Ed. Herder.
- Jiménez Urrego, AM (2017). *La relación entre celos, amor y deseo en: “un amor de Swann” de Marcel Proust*. (Tesis de Maestría no publicada). Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Migdalek, S. (2014). *Entre el amor y el tiempo*. Argentina. Editorial Letra Viva.
- Lacan, J. (1975-1976). Clase del 18 de noviembre de 1975. En Seminario XXIII *Le Sinthome*. Versión crítica. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lipovetsky, G. (2006). *La era del vacío*. España. Editorial Anagrama.
- Lombardi, G. (2015). *La libertad en Psicoanálisis*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Proust, M. (1966). *Por el camino de Swann*. En: *En busca del tiempo perdido*. España. Alianza Editorial.
- (1966). *El tiempo recobrado*. En: *En busca del tiempo perdido*. España. Alianza Editorial.
- (2011). *Contra Sainte-Beuve*. España. Editorial Losada.
- Tendlarz, SE (2014). *El milagro del amor y su goce*. En: Laurent, É. (2014). *Cuerpos que buscan escrituras*. Buenos Aires, Editorial Paidós.

